

la vista por el *Corpus Inscriptionum*, de Hübner, para encontrar versos tan dignos de vivir en la memoria, tan tersos y clásicos, como el bellissimo epitafio del ariaga de Tarragona, á quien no fué concedida la gloria de morir en el circo, ó las elegantes inscripciones del ara de León, con que Tulio, rector de la legión ibera, ofreció á Diana los despojos de los ciervos muertos en sus cacerías:

Quos vicit in parami æquore,  
Vectus feroci sonipede.

Todo ello prueba el universal y floreciente cultivo de la poesía latina en nuestro suelo, y explica también el hecho curiosísimo de haber sido español el que por mucho tiempo ha sido tenido como el más antiguo de los poetas latino-cristianos (1), y el iniciador de la transformación del arte antiguo á impulsos de la religión nueva. Fué éste el Presbítero Cayo Vecio Aquilino Juvenco, que en los cuatro libros de su *Historia Evangélica*, sigue paso á paso, y no sin elegancia, el texto de los Evangelios, salpicándole con reminiscencias virgilianas. El prefacio, notable por la alteza de su estilo, muestra que Juvenco sentía toda la magnitud de su empresa, y saludaba alborozado la aurora de la nueva poesía, bautizada en el Jordán, exaltada en el Tabor, y triunfante en el Calvario:

Quod si tam longam meruerunt carmina famam,  
Quæ veterum gestis hominum mendacia nectunt,  
Nobis certa fides, æterna in sæcula laudis  
Immortale decus tribuet, meritumque rependet.  
Nam mihi carmen erunt Christi vitalia gesta.  
Hoc opus, hoc etenim forsân me subtrahet igni,

(1) El más antiguo es, sin disputa, Commodiano de Gaza (siglo III), autor de unas *Instrukciones* en acrósticos y de un *Carmen Apologeticum* en versos rítmicos y populares. El poema *De Phænice*, atribuido á Lactancio, es también anterior á Juvenco, pero no está muy en claro su origen, y hasta puede disputarse que tenga verdadero sentido cristiano.

Tunc cum flammivoma descendet nube coruscans  
Iudex altithroni genitoris gloria Christus.  
Ergo, age; sanctificus adsit mihi carminis auctor  
Spiritus, et puro mentem riget amne canentis  
Dulcis Iordanis, ut Christo digna loquamur.

\* Juvenco escribía hacia el año 330 de la era cristiana. Poco más de doce años después, un Papa, también español, San Dámaso, daba nuevo impulso al arte cristiano, mandando cantar el Salterio en las horas canónicas, y enriqueciendo con mármoles é inscripciones las catacumbas. El fué el primero en celebrar en forma poética los triunfos de los confesores y de los mártires, abriendo el camino á la poderosa musa de Prudencio. Por obra de San Dámaso empezó también á correr en el canto eclesiástico la vena de la poesía hebrea:

Nunc Damasi monitis aures pæbete benignas:  
Sordibus depositis purgant penetralia cordis.  
Prophetam Christi sanctum cognoscere debes.

.....  
Quisquis sitit, veniat cupiens haurire fluentia,  
Invenient latices servant qui dulcia mella.

Los himnos heréticos de los priscilianistas de Galicia, de los cuales todavía nos resta algún fragmento en el atribuido por San Agustín á Argirio: las *Nuevas melodías* del palentino Conancio, ordenador de la música eclesiástica (según San Isidoro), son manifestaciones diversas del lirismo en los primeros siglos de nuestra Iglesia; pero todo se obscurece ante la poesía sublime del *Peristephanon* y del *Cathemerinon*, que han dado la primacía entre los poetas de la Iglesia occidental al celtibero Aurelio Prudencio, cantor del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los aparatos de tortura, ennoblecidos y consagrados por el martirio. «Nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados. Si hay poesía que levante y temple y vigorice el alma, y la disponga para el martirio, es aquélla sin duda. Los corceles que arrastran á San Hipólito, el lecho de as-

cuas de San Lorenzo, el desgarrado pecho de Santa Engracia, las llamas que envuelven el cuerpo y los cabellos de la emeritense Eulalia, mientras su espíritu huye á los cielos en forma de cándida paloma; los agudos guijarros, que al contacto de las carnes de San Vicente se truecan en fragantes rosas; el ensangrentado circo de Tarragona, adonde descienden como gladiadores de Cristo San Fructuoso y sus dos diáconos; la nivea estola con que en Zaragoza sube triunfante al Empireo la mitrada estirpe de los Valerios..... esto canta Prudencio, y por esto es grande. No le pidamos ternuras ni misticismos: si algún rasgo elegante y gracioso se le ocurre, siempre irá mezclado con imágenes de martirio: serán los santos Inocentes jugando con las palmas y coronas ante el ara de Cristo, ó tronchados por el torbellino como rosas en su nacer. En vano quiere Prudencio ser fiel á la escuela antigua, á lo menos en el estilo y en los metros, porque la hirviente lava de su poesía naturalista y adoradora de la sangre, se desborda del cauce horaciano. Para él, la vida es campo de pelea, certamen y corona de atletas, y el granizo de la persecución es semilla de mártires, y los nombres que aquí se escriben con sangre, los escribe Cristo con aureas letras en el cielo, y los leerán los ángeles en el día tremendo, cuando vengán todas las ciudades del orbe á presentar al Señor, en canastillos de oro, cual prenda de alianza, los huesos y las cenizas de sus Santos (1).»

Además de sus dos colecciones de poesías propiamente líricas, nos ha dejado Prudencio extensos poemas didáctico-teológicos, sobre el origen del pecado (*Hamartigenia*), sobre la Divinidad de Cristo (*Apotheosis*), sobre la idolatría (dos libros contra Simmaco), sobre el conflicto de vicios y virtudes (*Psycomaquia*), esta última en forma alegórica, destinada á tan rico

(1) Expuse estas consideraciones en un discurso que lei en la Academia Española en 1881.

desarrollo durante la Edad Media. Hay en todos estos poemas, en medio de cierta aridez consiguiente á la materia y al tono polémico, una precisión áspera, un arte de dar cuerpo á las abstracciones, y un vigor de frase que recuerdan la enérgica manera de Lucrecio.

Nada encontramos en la era visigótica que pueda ponerse, ni remotamente, en comparación con los versos de este sublime poeta. Harto se hizo en aquella época de compilación y de residuos con no dejar morir del todo la luz de la poesía latino-cristiana. Verdadero poeta, no puede decirse que floreciera ninguno; versificadores hábiles y elegantes sí los hubo, aunque en corto número, descollando entre todos San Eugenio, metropolitano de Toledo, cuyas obras son dignas de estudiarse, no solamente por la variedad de combinaciones rítmicas, sino también por algunos rasgos ingeniosos y agradables en que se transparenta la simpática personalidad del autor, que fué, además de Santo, hombre de ingenio fácil y ameno.

Es de presumir que el mismo San Eugenio y otros Padres de aquella nuestra gloriosísima Iglesia, tales como San Braulio, de quien conservamos un himno á San Millán; y San Isidoro, á quien se atribuye, con más ó menos verosimilitud, un fragmento poético *De fabrica Mundi*, y una serie de dísticos no inelegantes destinados á ser puestos en las *thecæ* ó cajas que encerraban los códices de su biblioteca, contribuyesen á la formación del rico himnario latino-visigodo, que es una de las joyas de nuestra primitiva liturgia. Más que los himnos dedicados á santos particulares, llaman en él la atención, por su mérito poético y por su interés histórico, los que pudiéramos llamar himnos *generales*, adecuados á diversas situaciones de la vida, y dotados de un gran poder de lirismo social y colectivo. Así el *Pro Nubentibus*, lozano epitalamio, interesante entre otras cosas por la enumeración de instrumentos musicales que contiene: así la impetuosa marcha guerrera que se intitula *De profectioe exercitus*: así los dos contra-

puestos himnos *De sterilitate pluvie* y *De ubertate pluvie*, en ninguno de los cuales faltan felices rasgos descriptivos.

Los himnos de la Iglesia procuraban todavía en este tiempo mantenerse fieles á las leyes de la prosodia clásica; pero el ritmo moderno tendía manifiestamente á abrirse paso, no ya sólo con infracciones y negligencias continuas, sino infiltrándose en las venas de la prosa misma, como si quisiera conquistar en ella el terreno que todavía le disputaba en los versos la métrica cuantitativa. El uso y abuso de los dos procedimientos retóricos conocidos con los nombres de *similiter cadens* y *similiter desinens*, había llenado la prosa de San Agustín y otros Padres de verdaderas rimas y asonancias, las cuales, acrecentándose cada día conforme iba siendo mayor la decadencia del gusto y extendiéndose más la afición á todo género de pueriles artificios de forma, llegaron á producir en ciertas obras de los Padres visigodos, especialmente en las de índole elocuente y afectiva, y en aquéllas en que por una ú otra razón querían sus autores levantar el tono, una especie de prosa poética, tejida con largas series ritmoides y rimadas, dispuestas á veces por un plan bastante simétrico. A este género singular de literatura, el cual ha de tenerse muy en cuenta al estudiar los orígenes de la rítmica vulgar, pertenecen el diálogo de San Isidoro, intitulado *Synonima*, donde no dejan de vislumbrarse ciertos elementos dramáticos; la ardorosa declamación de San Ildefonso contra los negadores de la perpetua virginidad de Nuestra Señora; algunos trozos de la historia de la rebelión de Paulo contra Wamba, compuesta por San Julián, especialmente la invectiva contra los franceses, con que termina, y finalmente, casi todas las interesantísimas producciones del abad del Bierzo, San Valerio, personaje tan original, y que pudiéramos llamar en cierto sentido un *romántico* de la literatura hispano-visigótica, ya se le considere en sus visiones apocalípticas y efusiones

místicas, ya en sus íntimas y personales confidencias.

Heredera de esta tradición literaria de nuestra Iglesia fué la España cristiana de los primeros reinos de la Reconquista, y heredera también la España cristiana de los Muzárabes, y heredera, finalmente, á lo menos en alguna parte, la Francia Carolingia. La influencia isidoriana, *l'ardente spiro d'Isidoro*, que decía Dante, prosigue fulgurando sobre nuestra raza desde el siglo VIII hasta el XII, en que los reinos cristianos de la Península entraron resueltamente en el general movimiento de Europa, renunciando á muchas de sus tradiciones eclesiásticas y á mucho de su peculiar cultura. Primero la reforma cluniacense, después el cambio de rito, finalmente el cambio de letra, determinaron esta trascendental innovación, sobre cuyas ventajas ó inconvenientes no parece oportuno insistir aquí. Baste dejar apuntado, como hecho inconcuso, que los primeros siglos de la Reconquista son, bajo el aspecto literario, mera prolongación de la cultura visigótica, cada día más empobrecida y degenerada, pero nunca extinguida del todo. El fondo antiguo no se acrecentaba en cosa alguna, pero á lo menos se guardaba intacto. Los libros del gran Doctor de las Españas continuaban siendo texto de enseñanza en los atrios episcopales y en los monasterios, y conservaban gran número de fragmentos, extractos y noticias de la tradición clásica. Por la fe y por la ciencia de San Isidoro, *beatus, et lumen, noster Isidorus*, como decía Alvaro Cordobés, escribieron y murieron heroicamente los muzárabes andaluces, á quienes la proximidad del martirio dictó más de una vez acentos de soberana elocuencia, que en boca de San Eulogio, y del mismo Alvaro, recuerdan el férreo y candente modo de decir de Tertuliano. Arroyuelos derivados de la inexhausta fuente isidoriana, son la escuela del Abad *Spera in Deo* y el *Apologético* del abad Samsón. A San Isidoro quiere falsificar, en apoyo de su herética tesis, el arzobispo Elipando, y con armas de San Isidoro trituran

y deshacen sus errores nuestros controversistas Hetero y San Beato de Liébana. Los historiadores de la Reconquista calcan servilmente las formas del Cronicon isidoriano. Y finalmente, aquella ciencia española, luz eminente de un siglo bárbaro, esparce sus rayos desde la cumbre del Pirineo sobre otro pueblo más inculto todavía, y la semilla isidoriana, cultivada por Alcuino, es árbol frondosísimo en la corte de Carlo-Magnó, y provoca allí una especie de renacimiento literario, cuya gloria, exclusiva é injustamente, se ha querido atribuir á los monjes de las escuelas irlandesas. Y sin embargo, españoles son la mitad de los que le promueven: Félix de Urgel, el adopcionista, Claudio de Turin, el iconoclasta, y más que todos, y no manchados como los dos primeros con las sombras del error y de la herejía, el insigne poeta Teodulfo, autor del himno de las Palmas, *Gloria, laus et honor*, y el obispo de Troya, Prudencio Galindo, adversario valiente del panteísmo de Escoto Erigena. Aun era el libro de las *Etimologías* texto principal de nuestras escuelas, allá por los ásperos días del siglo X, cuando florecían en Cataluña matemáticos como Lupito, Bonfilio y Joseph, y cuando venía á adquirir Gerberto (luego Silvestre II), bajo la disciplina de Atón, obispo de Vich, y no en las escuelas sarracenas, como por tanto tiempo se ha creído, aquella ciencia, para su tiempo extraordinaria, que le elevó á la tiara y le dió misteriosa reputación de nigromante.

Sea cualquiera el juicio que formemos sobre el valor de estos restos de cultura, tan loablemente conservados en siglos que generalmente se estiman por de tinieblas visibles y palpables, no hay duda que la poesía tenía que ser y fué, en efecto, de todas las manifestaciones del espíritu, la que menos preocupara el ánimo de aquellos ilustres varones, y por consiguiente la más desfavorecida y desmedrada. Los versos que tenemos de poetas muzárabes, tales como Alvaro Cordobés y el arcepreste Cipriano, trabajosa y toscamente labrados á

imitación de los de San Eugenio, son meros ejercicios de clase, rapsodias ó centones, que parecerían pueriles si no los santificase la consideración de que fueron muchos de ellos compuestos entre los hierros de la cárcel y en visperas del martirio. Sabemos que el mismo San Eulogio divertía en esto sus ocios, aunque sus poemas no han llegado á nuestro tiempo. ¡Admirable ejemplo de serenidad y fortaleza de ánimo! La prosodia en los versos de los muzárabes es sobre manera imperfecta. Un curiosísimo pasaje, muchas veces citado, del *Indiculus luminoso* de Alvaro, nos indica una de las razones de esto; es á saber: la difusión cada día creciente de la lengua árabe entre los cristianos, y el empeño que muchos de ellos ponían en imitar los caprichosos giros de la versificación oriental. Pero aun sin esto, la sustitución de la poesía métrica por la rítmica tenía que cumplirse fatalmente, así entre los muzárabes como entre los demás pueblos de lengua latina, y en vano intentaba por su parte atajarla San Eulogio componiendo exámetros y pentámetros, y difundiendo el estudio de Virgilio, Horacio y Juvenal, de quienes en su excursión á los monasterios de Rioja y Navarra había obtenido algunos códices.

El único poeta español digno de memoria durante este largo período es el ya citado Teodulfo, á quien la crítica considera unánimemente como el príncipe de los ingenios de la corte Carolingia. El historiador encuentra en sus versos preciosas revelaciones sobre el estado social de aquella época, especialmente en su *Paroenesis ad Judices* y en los versos que más ó menos aluden al cargo que tuvo de *missus dominicus*. Admirase en algunos de sus cuadros de fiestas y solemnidades imperiales una brillantez de color y libertad de pincel, absolutamente desusados en la mayor parte de los poetas latino-elesiásticos. Sus versos nos interesan doblemente en cuanto están enlazados de un modo estrecho con los principales acontecimientos de su vida, lo cual les quita mucho del amaneramiento retórico. Teodulfo

era hombre de acción, personaje político, bienhechor de la general cultura, y bajo todos estos aspectos se nos presenta en su poesía. Fué muy amante de la antigüedad clásica, y la había estudiado con fruto. Virgilio y Ovidio, con el comentador y gramático Donato, hacían sus delicias; y para salvar los pasajes escabrosos, acudía al recurso alegórico y á la doctrina del sentido esotérico, considerando la poesía como una *fermosa cobertura* que encubre útiles verdades: idea tantas veces reproducida en la Edad Media, y que puede considerarse como una de las bases de la poética de entonces:

In quorum dictis, quamquam sint frivola multa,  
Plurima sub falso tegmine vera latent.

Así en el *Carmen I* del libro IV hace la exposición alegórica de los atributos del amor. En otra poesía consagrada á las alabanzas de las artes liberales, sigue al pie de la letra la enseñanza de las *Etimologías*. El *Carmen III* del libro IV contiene la descripción enteramente clásica, y para aquella edad muy elegante, de una estatua de la Tierra que el docto obispo de Orleans había mandado labrar á ignorado escultor, dándole el asunto de ella. Representaba una mujer amamantando un niño, y llevando en la mano una cesta llena de flores: en la cabeza una torre; en la mano, una llave, cimbalos y armas. A sus pies, humillados gallos, bueyes y leones. Cerca de ella, un gran carro de ruedas circulares. Teodulfo va explicando la significación alegórica de todos estos atributos, y la composición no parece mero juego de ingenio, sino descripción de un objeto artístico que tuvo existencia, á lo menos en proyecto, el cual basta para mostrar en Teodulfo una inclinación muy decidida á otro arte de carácter más clásico que el latino-bizantino, dominante entonces en España.

Fuera de algunas inscripciones semibárbaras y algunos alardes métricos, que de vez en cuando, al principio ó al fin de algunos códices de gran lujo y mucho

empeño se permitían los escribas monacales, por ejemplo el famoso Vigila, copista del famoso códice de concilios que lleva su nombre, la poesía latina es casi completamente nula en los reinos cristianos de España durante los siglos VIII, IX, X y la mayor parte del XI. Y sin embargo, algunos episodios de nuestra guerra de reconquista dieron noble empleo á la musa erudita de algunos poetas extraños á la península. Así, Ermoldo Nigello celebró con no vulgar estro la conquista de Barcelona por Ludovico Pío, y poemas latinos tenemos también en que se narra la triunfante expedición de los pisanos á las Islas Baleares, y el asedio y toma de Alcácer de la Sal, en que los portugueses se vieron ayudados por huestes cruzadas. Es cierto también que no eran desconocidas en los monasterios de España, principalmente en aquellas regiones que más de cerca sintieron la influencia franca, las más notables muestras que en otras partes de Europa daba de sí la versificación latino-eclesiástica. Por un códice existente en nuestra Península y probablemente copiado aquí, ha llegado á nosotros el interesante poema de Rangerio *Vita Sti. Anselmi Lucensis*, tan curioso para la historia del gran Pontífice Gregorio VII, y de la Condesa Matilde. Tales modelos hubieron de despertar, andando el tiempo, cierta emulación entre nuestros *clerici* y *scholastici*, llevándolos al cultivo de la poesía histórica. Las muestras que tenemos no son muchas, pero su misma rareza las hace curiosas: el canto fúnebre dedicado á la memoria del Conde de Barcelona Borrell III, es sin duda de las más antiguas, y los versos no pueden calificarse enteramente de bárbaros. Más adelante encontramos el animado y vigoroso cantar latino del Campeador, escrito en versos sáfico-adónicos, curiosísimo (aunque incompleto) por muy diversas circunstancias: por ser hasta ahora la más antigua composición poética conocida en loor del héroe castellano por excelencia: por el contraste singular y no desagradable entre lo clási-

co del metro y el fondo épico y medioeval del asunto; y finalmente, porque tiene todas las trazas de ser refundición hecha por poeta erudito de algún canto en lengua vulgar, destinado á sonar en las plazas y á ser oído por los mismos que habían sido testigos de las hazañas del Campeador y habían confiado en su ayuda:

Eia, lætando, populi caterva,  
Campidoctoris hoc carmen audite.....  
Magis qui ejus freti estis ope,  
Cuncti venite.

De carácter algo diverso, pero no menos digno de atención, es el largo fragmento poético sobre el sitio y conquista de Almería, inserto en la crónica latina del Emperador Alfonso VII. *Versos bárbaros y notables* los llamó Fray Prudencio de Sandoval, y para uno y otro calificativo tuvo razón sobrada. Lo más curioso que en ellos observamos es la influencia de aquella lengua vulgar que había roto ya las ligaduras de la infancia y sonaba como *voz de trompeta*, y la influencia también de la epopeya castellana, del rudo cantar de gesta, cuyos procedimientos imita á veces el cantor de Almería, y de cuya existencia él mismo nos da testimonio, refiriéndose al Cid precisamente:

Iipse Rodericus, de quo cantatur.  
.....

Algunos poemas didácticos ó alegóricos como el *De Consolatione Rationis*, de Pedro Compostelano, compuesto evidentemente á imitación del libro de Boecio, tan gustado en toda la Edad Media: algunos himnos nuevos, como los de San Millán, añadidos al rico tesoro del himnario antiguo: algún fragmento satírico ó picaresco, como las sátiras del clérigo Adán contra las mujeres y sobre las virtudes del dinero, donde parece anunciarse ya la cáustica inspiración del Archipreste de Hita, es todo lo que la diligencia de los más curiosos investigadores ha podido rastrear hasta ahora por

lo tocante á nuestra poesía latina de la primera Edad Media. Todo ó casi todo ello está reunido é ilustrado por el Sr. Amador de los Ríos en el segundo tomo de su *Historia Crítica de la Literatura Española*, por lo cual parece superfluo insistir en este punto.

Pero simultáneamente con esta poesía latino-monacal, por lo común tan pobre y tan inferior á la fecundidad que mostraban los versificadores latinos del centro de Europa, florecieron en España dos riquísimas y espléndidas manifestaciones líricas, formuladas en lenguas bien diversas de la lengua clásica, y basadas en modelos y procedimientos totalmente contrarios á los que siguió el arte moderno en todos los pueblos nacidos de la ruina del imperio romano. Estas dos poesías tan exóticas en Europa, pertenecen á las dos más ilustres ramas del tronco semítico, la árabe y la hebrea. Su influencia en nuestro arte nacional fué escasa sin duda, pero sería temeridad decir que fué nula. En este punto, como en tantos otros, hemos venido á caer de una exageración en otra: de atribuírselo todo á los árabes, incluso el origen de los romances populares y del espíritu caballeresco, hasta negárselo todo, y suponer una incomunicación intelectual absoluta entre los dos pueblos que convivieron en el suelo peninsular por espacio de ocho siglos. *A priori* habría que negar tal afirmación, aunque no hubiese, como hay, tantas pruebas históricas en contrario. Así como resulta hoy definitivamente reconocida (y es gloria de nuestro ilustre orientalista Sr. Simonet el haberlo puesto en claro) la influencia del elemento español indígena, representado, ya por los muzárabes ó cristianos fieles, ya por los *muladtes* ó cristianos renegados, en el brillante y original desarrollo de la civilización hispano-muslímica, principalmente en aquellos géneros literarios, como la historia, y en aquellas ramas de la ciencia, tales como la botánica y la materia médica, en que más descollaron nuestros musulmanes, comprobándolo también el gran número de vocablos de origen latino introducidos en el

dialecto que pudiéramos llamar arábigo-hispano; así también es punto de toda evidencia que, andando el tiempo, y sobre todo á partir de la conquista de Toledo por Alfonso VI (1085), fué acentuándose la influencia contraria, recibiendo los nuestros, y transmitiendo al resto de Europa el rico legado de la cultura oriental, que tanto habían contribuido á acaudalar sirios, persas y andaluces. Pero esta influencia fué predominantemente científica.

La ciencia se trasmite y difunde siempre con más facilidad y rapidez que el arte, porque no está sujeta en el mismo grado que él, á condiciones de raza, de religión y de lengua. No llegó á los árabes ni un solo destello de la cultura helénica literaria, pero fueron legítimos herederos de las tradiciones científicas de la escuela de Alejandria. No fueron discípulos de Homero, de Píndaro ni de Sófocles, pero sí lo fueron de Tolomeo y Euclides, de Hiparco y Eratóstenes, de Galeno, de Dioscórides, de Porfirio y Proclo, y más que de otro alguno, de aquel sublime despota de la ciencia humana, que todavía nos domina con los cuadros de su asombrosa enciclopedia. Ni de los árabes pasó en rigor otra cosa á los cristianos, en los siglos XII y XIII, sino esta misma ciencia de origen helénico, cuyo fondo venía á ser por lo tanto idéntico al que servía de base á la cultura occidental, si bien ésta, por causas diversas, aparecía en ciertos estudios inferior y estacionaria, viviendo más bien de compendios y resúmenes que de propia y experimental indagación. Las cosas empezaron á cambiar totalmente de aspecto, merced á la fecunda iniciativa del glorioso Arzobispo de Toledo D. Raimundo, canciller del Emperador Alfonso VII, y merced también á los estudios, viajes científicos y traducciones diversas de *Plato Tiburtinus*, Gerardo de Cremona, Miguel Escoto y otros extranjeros que durante los dos siglos antes mencionados acudieron á nuestro suelo á recoger ávidamente los despojos de aquella ciencia que, próxima á extinguirse en el

suelo calcinado del islamismo, donde nunca pudo echar verdaderas raíces ni pasó de un accidente ó episodio brillante, parecía cobrar nueva vida en las escuelas cristianas, y sobrevivirse á sí misma en el colegio de traductores de Toledo, en las producciones del segoviano Gundisalvo y de Juan Hispalense, en el observatorio astronómico de Alfonso el Sabio, y entre los averroístas de la universidad de París y de la corte siciliana del Emperador Federico II. Avicena, Abucassis, Abenzoar, eran las grandes autoridades en medicina: el mismo Avicena, y Alkendi, y Alfarabi, y Avempace y Averroes lo eran en Filosofía; Azarquiel, Alpetragio y Aben-Ragel imperaban en los estudios astronómicos; los alquimistas invocaban la autoridad de Geber; por todas partes, en suma, algún nombre, algún texto árabe, era fuente, inspiración ó modelo. Tal estado de cosas, por lo que atañe á las ciencias experimentales, continuó hasta el Renacimiento, que por un lado se remontó á la pura tradición de la antigüedad, haciendo caer en descrédito como infieles y viciosas las traducciones y comentarios de los árabes, y por otro lado avivó la observación directa, volviendo á poner al espíritu humano en consorcio íntimo con la naturaleza. En lo tocante á Filosofía, la influencia oriental, desde el siglo XIII al XV, se vió reducida á límites más estrechos, merced á la enérgica reacción que dentro de la escolástica cristiana determinaron Alberto el Magno y su discípulo Santo Tomás, aprovechando, es cierto, algunos elementos de la escolástica árabe y judía, pero rechazando todos los gérmenes de panteísmo que iban envueltos en la teoría averroísta de la unidad del intelecto. Con todo eso el averroísmo, aunque maltrecho en las controversias y tenido por herético y sospechoso, prolongó más ó menos obscuramente su vida en Francia y en Italia, no menos que hasta el siglo XVII, siendo la escuela de Padua su último refugio, y su postrer representante Cremonini.

Júzguese como se quiera del valor intrínseco de la

ciencia hispano-arábiga é hispano-judaica, un hecho hay de toda evidencia, y es su acción directa y profunda sobre Europa en toda la segunda Edad Media. Sus mayores adversarios le prestaron tributo de atento estudio y discusión plena. Algunos de ellos, como el sintético filósofo Ramón Lull, y el incomparable hebraizante Fr. Ramón Martí, supieron las lenguas semíticas hasta el punto de hablarlas y escribirlas como su lengua propia y nativa.

Pero toda esta difusión de la cultura científica forma visible contraste con los pobres límites en que se movió la influencia literaria. A duras penas se advierte en nuestra literatura (y por de contado, mucho menos en las restantes de Europa) estudio ni aun conocimiento de los historiadores y de los poetas árabes. Algunas páginas de la *Crónica general* de Alfonso el Sabio (las que se refieren á la conquista de Valencia por el Cid) son manifiesta traducción del árabe, y contrastan con el estilo general y con las habituales fuentes de dicha *Crónica*, basada para todo lo restante en historias latinas ó en *Cantares de Gesta*. Una parte de la crónica, asimismo arábica, de Ahmed Arrazi, pasó al castellano en tiempo de Fernando IV con título de *Crónica del Moro Rasis*. A esto y poco más se reduce la influencia de la historiografía mahometana, con ser de todos los géneros literarios que ellos cultivaron el más interesante por su contenido y el de acceso menos difícil.

Otro género hubo, sin embargo, en que realmente cupo á los árabes un grado de acción muy importante, no precisamente como inventores (nunca fué la fantasía inventiva su cualidad dominante), pero sí como intérpretes y trasmisores. Me refiero al cuento, al apólogo, á la narración novelesca corta, cuya remotísima cuna y sucesivas transmigraciones podemos seguir hoy desde el Indostán al Irán y desde el Irán á Siria. Por los árabes se hicieron familiares á los pueblos de Occidente innumerables relatos, derivados más ó menos leja-

namente del *Pantcha-Tantra*, del *Sendebár* y del *Hitopadesa*. Los dos famosos libros *Calila y Dina* y *Libro de los engaños de mujeres*, son los más importantes de esta dilatada familia, ó al menos los que fueron más leídos é imitados en Europa, desde que el converso aragonés Pedro Alfonso, allá por los días de Alfonso el Batallador, recogió una parte de esas historias en el famoso libro *Disciplina Clericalis*. Luego vinieron traducciones más completas, ya en lengua vulgar, como el *Calila y Dina*, que mandó verter Alfonso el Sabio, ó el *Sendebár*, que hizo traer á nuestra lengua su hermano el infante D. Fadrique. Al mismo tiempo, y por otros diversos caminos, entre los cuales no ha de olvidarse el de las traducciones hechas por los hebreos, estos mismos cuentos y otros de procedencia también oriental penetraron en los *Fabliaux* franceses, inspiraron las distintas versiones del *Libro de los Siete Sabios*, del *Dolophatos*, etc., que tanto abundan en las literaturas de la Edad Media, y acabaron por regar copiosamente los amenos huertos del *Decamerone* y de las restantes colecciones de los *novellieri* italianos del primero y del segundo Renacimiento; llegando á veces hasta injertarse en el tronco de la poesía heroico-caballeresca, cual vemos en algunos episodios del mismo *Orlando Furioso*. No hay cuentista moderno, en prosa ó en verso, desde Bandello y Straparola hasta Juan de Timoneda, Lafontaine y Perrault, que no sea deudor al remoto Oriente de alguna de sus ficciones. También el teatro las ha explotado con fortuna, así en comedias de Lope de Vega como en *fiabbe* de Carlos Gozzi y en óperas y representaciones fantásticas de toda especie, llamadas por los franceses *féeries*, basadas, ora en los cuentos que conoció la Edad Media, ora en el inmenso caudal de ellos que nuevamente trajo la colección de *Las mil y una noches*, no conocida íntegramente en Europa hasta el siglo XVII. Si obras del arte dramático tan admirables como *La vida es sueño* y cuentos tan famosos como el de *Zadig* tienen su ger-



men en algún apólogo de las colecciones asiáticas, ¿cómo negar por sistema ó restringir arbitrariamente una influencia de la cual no se libraron Calderón ni Voltaire? Es seguro que el mismo apólogo clásico, la fábula esópica, ha tenido menos parte en la educación del mundo moderno que el apólogo de la India, conservado y transmitido por los árabes.

Pero á esto se reduce su verdadera acción literaria. De la poesía lírica nada pasó ni pudo pasar en la Edad Media: nada ha pasado después, como no sea por capricho fugaz de eruditos ó de artistas, y aun esto en tiempos modernísimos, como es de ver en el pseudo-orientalismo romántico, cuyo primero y no igualado ensayo fué el *Diván* de Goëthe, que debe mucho más á la poesía de los persas, á las *gacelas* de Hafiz, por ejemplo, que no á la poesía de los árabes. Pártese ésta en dos periodos claramente distintos: el de la poesía ante-islámica, donde á la ferocidad habitual de los sentimientos se mezclan excepcionales rasgos de cortesía caballeresca, y á la monotonía de las imágenes, comúnmente tomadas de la vida del desierto, se junta un singular refinamiento de lengua y de ritmo que recuerda los procedimientos de las escuelas más convencionales y artificiosas de los tiempos modernos, viniendo así á darse el raro contraste de una poesía que aparece á un mismo tiempo bárbara y amanerada; y el de la poesía posterior al Islam, la cual, fuera de lo que pudo recibir de savia coránica, imitó y calcó servilmente las formas de los poetas del tiempo del *paganismo*, tenidos por modelos insuperables, y se obstinó en conservar y reproducir enfadosa y mecánicamente, dentro de un medio social tan complicado y de una cultura tan varia y rica como la de las espléndidas cortes de Bagdad y de Córdoba, el mismo fondo, naturalmente limitado, de sentimientos, de ideas y de imágenes que había bastado á los antiguos cantores del camello, de la espada y de la tienda, á los autores de los *Moallakas* y del *Diván de los Huseílitas*.

Pensar que de la poesía de estos artificiosísimos retóricos del tiempo del Califato andaluz y de los reyes de Taifas, podía pasar cosa alguna al arte simple y rudo, si es que arte puede llamarse, de los primitivos castellanos, ha sido un inexplicable delirio, que únicamente á la sombra de la ignorancia y de la preocupación pudo acreditarse. Todo contribuía á aislar la poesía de los árabes y hacerla incomunicable: su carácter cortesano y aristocrático, su refinamiento académico, su languidez sensual, y sobre todo sus mil artificios de forma, que aun para los orientalistas más probados la convierten muchas veces en un verdadero logogrifo. Lo que hoy con grandísima fatiga llegan á entender los discípulos de Silvestre de Sacy, de Dozy ó de Renán, contando con todos los recursos de una filología tan adelantada como lo está la semítica y de una disciplina gramatical tan exacta y severa, ¿se quiere que lo hayan adivinado por ciencia infusa, y no ya adivinado, sino comprendido é imitado los humildes rapsodas del *mester de juglaría*! Basta leer las eruditas memorias de Garcin de Tassy sobre la Retórica y la Poética de los musulmanes, para quedarse atónito ante el cúmulo de pedanterías y extrañas recetas de estilo que constituyen la técnica literaria entre los árabes y demás pueblos de Oriente. En muchos casos esta poesía nada dice, ni aspira á decir nada: carece, no ya de fondo, sino de sentido gramatical; todo el esfuerzo del autor se cifra en una pueril combinación de sonidos, que naturalmente es imposible hacer pasar á otra lengua. No hay poesía que se resista á la imitación tanto como ésta. Las escuelas donde la afectación del versificador y el desprecio de la forma íntima han llegado más lejos, la escuela de los trovadores provenzales, el culteranismo español del siglo XVII, los modernos cenáculos parisienses de *parnasistas*, *decadentistas* y *simbolistas*, todavía se quedan á larga distancia de tan inextricable rompecabezas, de tan voluntario y estéril enervamiento.

Hay excepciones, sin embargo; y con estar tan poco explorada la poesía de nuestros árabes españoles, de la cual solamente han llegado á los profanos aquellas escasas muestras que han querido intercalar en sus libros de crítica y de historia Conde, Gayangos, Dozy, Schack y algún otro, sin que hasta el presente ningún poeta árabe nacido en España haya logrado la honra de ser traducido íntegro, ni se haya impreso tampoco especial antología de ellos; todavía, y haciéndonos cargo de la diferencia que ha de mediar siempre entre la traducción y el original, podemos afirmar, sin gran recelo de equivocarnos, que muchas de las poesías arábigo-hispanas son bonitas, elegantes y graciosas, y que algunas pueden ser calificadas hasta de bellas. Yo no vacilaría en dar semejante epíteto á las elegías tan naturales y sentidas que en su destierro y cautividad de Africa compuso el simpático y desdichado Almotamid, rey de Sevilla, que, á juzgar por lo que conocemos hasta hoy, bien merece igualmente el título de rey de nuestros poetas hispano-musulmanes. Admirables son también algunas elegías ó lamentaciones, inspiradas por la pérdida de ciudades y por otros grandes desastres históricos; sobresaliendo entre ellas la del rondeño Abul-Beka, que la compuso cuando las armas vencedoras de San Fernando y de D. Jaime el Conquistador arrancaban del poder de la morisma los ricos territorios de Córdoba, Sevilla, Jaén, Valencia y Murcia. La poesía árabe-andaluza, especialmente la que floreció en las pequeñas cortes de los reinos de Taifas, en Sevilla ó en Almería, bajo el cetro de tan cultos y hospitalarios monarcas como Almotamid y Almotacín, respondió no pocas veces á la grandeza del sentimiento histórico, pero todavía con mucha más frecuencia gustó de coronarse de rosas y de cantar los halagos de la vida risueña y fácil, con acentos que por extraña coincidencia recuerdan los de la poesía anacreóntica. Es incalculable el número de las composiciones amorosas y báquicas que, rompiendo con todas las

prescripciones del Corán, produjo la musa mahometana en España y en Sicilia como antes las había producido en Persia, modificándose á tenor del clima y amoldándose á las costumbres de los pueblos islamizados, siquiera en ellos el islamismo no pasase muchas veces de la corteza, como lo prueba sin réplica el hecho de haber encontrado suelo dispuesto para arraigarse, lo mismo en Persia que en España, la filosofía racionalista y nada piadosa de los Avicenas y Averroes, Avempaces y Tophailles. De ellos parece haber pasado á los poetas cierto escepticismo y licencia de pensar, que fué uno de los caracteres de la brillante y efímera civilización arábigo-española, antes que pereciese ahogada por las hordas fanáticas venidas de las vertientes del Atlas.

Aun el mero aficionado puede ya formarse alguna idea de este movimiento poético, leyendo el amenísimo libro de vulgarización, compuesto en alemán por el barón Adolfo Federico de Schack y admirablemente naturalizado en nuestra lengua por el exquisito gusto de D. Juan Valera, con el título de *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Gran parte del contexto de esta obra son poesías árabes traducidas en verso con acendrada elegancia, y ¿quién sabe si algo habrán ganado al entrar en los moldes de una lengua moderna, por obra de tan discretos artistas como el romántico Schack ó el clásico Valera? Lo cierto es que muchas de ellas se leen con singular deleite y contienen materia altamente poética, y bastan para rectificar la opinión durísima que suelen tener de la lírica de los árabes los que únicamente la juzgan por los documentos de su extrema decadencia, y por la pobreza conceptual de las inscripciones de la Alhambra. Pero si la consideramos en mejores tiempos, ¿quién no ha de estimar y tener en mucho precio una literatura que en pleno siglo X era capaz de ofrecernos una página de psicología íntima, tan viva, tan actual, tan moderna como el suave y delicado cuento de amores del cordobés Aben Hazam? ¿Cuántos siglos había de tardar la musa ama-